

(1904-1984)

Teresa BULLÓN MATA
Miguel Angel TROITINO VINUESA

El siete de mayo de 1984 moría en Madrid D. Manuel de Terán, geógrafo excepcional, personalidad señera de la intelectualidad española, maestro de varias generaciones y creador de una escuela de geógrafos. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* quiere honrar su memoria con cariño y agradecimiento, tanto por ser, en gran medida, fruto de su magisterio, como porque la mayor parte de los profesores actuales de la Sección de Geografía han sido sus alumnos, amigos o compañeros. A nosotros nos cabe el orgullo de haberlo tenido como maestro y, desde la óptica de unos discípulos que aprendimos de él mucho más que Geografía, queremos aproximarnos a su vida y obra, pues, como ha señalado Francisco Quirós, Terán transmitió desde la primera a la última generación de discípulos: «el espíritu que alienta desde Francisco Giner de los Ríos hasta el Instituto Escuela. Un espíritu que no conocimos explicitado a través de sus palabras, pero sí a través de su modo de ser y vivir» (Quirós Linares, F., 1982).

Manuel de Terán nace en Madrid con los albores de un siglo XX que la sociedad española vive sumida en un pesimismo individual y colectivo, donde los ideales de progreso y regeneración se abren camino con dificultad. Un entorno familiar bien relacionado con los medios intelectuales madrileños propicia que se vaya modelando una mente abierta, inquieta y culta. Entre 1914-1920 cursa los estudios de bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros y será allí donde D. Celso Alvarez, catedrático de Ciencias Naturales, le despierte el interés por la naturaleza y el método científico. En 1920 inicia los estudios superiores en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, donde un cuadro de excelentes profesores —Manuel Gómez Moreno, Elías Tormo, Claudio Sánchez Albornoz, Eloy Bullón— completan su formación humanista y le proporcionan una metodología rigurosa que le permitirá entrar sin dificultades en los campos del Arte, la Historia o la Geografía.

Los logros alcanzados por Terán en más de medio siglo dedicado a la enseñanza e investigación de la Geografía, así como a la formación de geógrafos, hablan de unas cualidades personales excepcionales (Bosque Mauriel, J., 1982). Hay en él una opción profesional asumida plena e íntegramente, primero dentro de un proyecto intelectual colectivo y, más tarde, ante una coyuntura en que triunfa la acomodación a las circunstancias, de forma individual a partir de un modelo ético de comportamiento personal y científico.

En 1925, cuando sólo cuenta con veintiún años, entra, por indicación de D. Claudio Sánchez Albornoz, como profesor auxiliar de Geografía e Historia en el Instituto Escuela, centro creado por la Junta de Ampliación de Estudios en 1918 y en cuyo decreto fundacional se declara como finalidad «no la de crear un instituto más, sino un centro experimental, de investigación y ensayos pedagógicos con el propósito de acometer en su día una reforma de la enseñanza, especialmente la del bachillerato que inspirada en la más noble tradición pedagógica y recogiendo experiencias ajenas y la propia adquirida en aquel centro, diera satisfacción al deseo tantas veces perseguido y malogrado de una reforma de la enseñanza, que la situara a la altura que los tiempos exigían» (Terán Alvarez, M. de, 1979). Aquí se abre una etapa que marcará profundamente su personalidad, pues los rasgos de un carácter humanista y liberal, forjados en su vida de estudiante, se fortalecerán, al participar, junto a figuras cumbre de la cultura española, en una empresa de regeneración científica y cultural. La huella del Instituto y de la Residencia de Estudiantes, en la que de un modo u otro estaban integrados los intelectuales, artistas y científicos de mayor calidad del momento, será duradera en su formación. Se puede decir que dedica buena parte de su vida a lograr uno de los propósitos primordiales de estas instituciones: «La formación total y armónica de la personalidad, combinando para ello el estudio de la Ciencia Físico-Natural y el de las Humanidades, el estudio y el deporte, la relación con la vida y la observación y contacto intelectual y cordial con la Naturaleza» (Terán Alvarez, M. de, 1979).

La Geografía, en cuanto ciencia de relaciones e interdependencias, posibilitaba hacer operativos los postulados del Instituto Escuela y Terán se entrega con vocación, pasión y fervor juvenil a la enseñanza en la que, desde el primer momento, sobresale por utilizar un método donde el rigor expositivo, la imaginación y la claridad no están reñidos con la amabilidad. Sus clases son, tal como recuerda un alumno de estos primeros años, lecciones de un estilo de vida, de idealismo ante el mundo y de estímulo al cultivo de la propia personalidad, todo dentro del más escrupuloso respeto a las ideas del alumno, al cual, en un marco de tolerancia y libertad, inculca amor hacia el estudio y el trabajo bien hecho (Botella Llusia, J., 1984).

En 1927 presenta, bajo la dirección de D. Manuel Gómez Moreno, su tesis doctoral «Vocabulario artístico de los siglos XVI y XVII». En 1930 gana las oposiciones a la cátedra de Geografía e Historia del Instituto de Calatayud, para el año siguiente regresar al clima innovador y estimulante del consolidado Instituto Escuela. El contacto personal con geógrafos y geólogos de altura —Juan Dantin, Eduardo Hernández Pacheco—, el conocimiento de la obra científica de grandes geógrafos europeos —R. Blanchard, P. Vidal de la Blache, J. Brunhes— y su exigencia de enseñar una Geografía de altura, alejada de los derroteros historicistas y enumerativos entonces dominantes, le debieron llevar pronto al convencimiento de la necesidad de conseguir que la Geografía española fuera una auténtica ciencia del paisaje; ésta podría ser su aportación a ese proyecto colectivo de incorporar España a la ciencia europea. Su altura intelectual y doble formación de naturalista y humanista le permitirán asimilar, sin dificultad ni dogmatismos, los postulados de la Geografía Regional francesa y sus dos primeros ensayos «Castilla la Nueva» (1929) y «la Baja Andalucía» (1936) se inscriben en este campo.

Terán es un intelectual comprometido con la sociedad de su tiempo y, como tal, vive la dinámica de la experiencia republicana. Los años de la postguerra serán duros y difíciles y al referirse a ellos preferirá citar los versos de Antonio Machado para señalar que en su vida «hay algunos casos que recordar no quiero» (Terán Alvarez, M. de, 1982). Será depurado al terminar la guerra y, aunque en 1942 se le repone a su cátedra en el Instituto «Beatriz Galindo» de Madrid, tardará años en ocupar, a nivel oficial, el lugar que por méritos científicos le correspondía en la Geografía española. Las dificultades que acarrea el vivir en el «exilio interior» son superadas con tesón y en 1942 publica «Breve descripción del mundo. Geografía Universal», dirigido a estudiantes de enseñanza media. Las notas sobre obras extranjeras como «La guide de l'étudiant en Géographie», publicada por A. Cholley en 1942, revelan su preocupación pedagógica y el esfuerzo por mantener el contacto con Europa.

Durante la década de los cuarenta Manuel de Terán reparte su tiempo entre la enseñanza media, el Instituto de Geografía Juan Sebastián Elcano, y el Instituto de Estudios Africanos. En la enseñanza media, tanto en la clase como en las excursiones, transmite a sus alumnos el interés por conocer las diversas dimensiones de la realidad que les rodea; al Instituto Elcano se incorpora, con el apoyo de D. Eloy Bullón, en 1944 y se encarga como secretario de uno de sus proyectos más queridos: la revista «Estudios Geográficos» en cuya cabecera sin embargo no aparecerá hasta 1949; en el Instituto de Estudios Africanos manifiesta, como gran geógrafo, sus inquietudes por utilizar el mapa como instrumento de conocimiento y análisis del espacio.

Paulatinamente se consolida como dinamizador científico del Instituto Elcano y consigue que «Estudios Geográficos» alcance un alto nivel de calidad. Publica entre 1942 y 1950 tres libros, ocho artículos y veintidós

notas que ponen de relieve su esfuerzo para dotar de nivel científico las diversas ramas de la Geografía española.

Investigar las formas de ocupación rurales y urbanas le preocupa desde muy pronto; así en «Calatayud, Daroca y Albarracín. Notas de Geografía Urbana» introduce y adapta el esquema metodológico que R. Blanchard utilizó en su estudio de Grenoble, para demostrar cómo estas pequeñas ciudades aragonesas eran expresión de un paisaje y una cultura; ya aparece aquí su inquietud por dotar a la Geografía Urbana de un cuerpo conceptual y una metodología diferenciada de la Historia, escribiendo al respecto: «la historia de la ciudad no adquiere categoría de hecho geográfico hasta que directa o indirectamente se expresa en el suelo y contribuye a la creación del paisaje urbano» (Terán Alvarez, M. de, 1942). De aquí a entender el espacio como un producto social no hay gran distancia; éste y otros factores ponen de relieve la vigencia actual de muchas de las ideas que Terán formuló hace varias décadas y permite, al igual que ocurre con el pensamiento de otros grandes maestros, leer su obra de Geografía Urbana desde la perspectiva del urbanismo actual (Ríos Ivars, J., 1984).

En «Sigüenza: estudio de Geografía Urbana» (1946) depura el método de trabajo, incorpora nuevos temas de análisis y avanza, en suma, hacia uno de sus campos de investigación preferidos (García Ballesteros, A., 1981). Un año después en «Programa para el estudio del hábitat rural» fija con precisión los elementos y factores que han de ser analizados para explicar las diversas formas del poblamiento. Frente a la descripción intrascendente, los trabajos de Terán buscan la explicación inteligente de los diversos paisajes como materialización espacial de procesos económico-sociales. Su definición de ciudad es clarificadora al respecto: «es la forma más perfecta y evolucionada del paisaje humanizado, de un espacio terrestre cuyos caracteres naturales han sido profundamente alterados por la obra del hombre traducida en cultura. Como paisaje y espacio humanizado, la ciudad, geográficamente, es la expresión material de la actividades y funciones desarrolladas por los hombres que en ella viven y del grado de organización social y de cultura alcanzado por éstos» (Terán Alvarez, M. de, 1951).

* * *

La vinculación de Terán a la universidad, aún cuando se inició en 1928 como profesor de clases prácticas, no se consolida hasta 1951 en que, tras superar las pertinentes oposiciones, ocupa la Primera Cátedra de Geografía de la Universidad de Madrid. Aquí comienza una de las etapas más fructíferas de su vida pues, en veinticuatro años de docencia, prestará un gran servicio a la maltrecha universidad, será capaz de crear una escuela y ejercerá su clarividente magisterio tanto en la clase como en la formación de profesores.

Terán, ignorando la mediocridad que se apoderaba de la vida intelectual y universitaria española, dió a conocer un cúmulo de ideas, conocimientos y actitudes morales llenas de interés y valor, enraizadas en un pasado cultural dramáticamente roto, que con el pasar de los años parecía cada vez más lejano y confuso. A todo ello unía, además, su enorme encanto personal aumentado más que rebajado con el paso del tiempo; de ahí se explica la admiración y respeto que sentían hacia él los que le conocían y la abundancia de discípulos que, por influencia suya, encaminamos nuestros pasos hacia la Geografía. La semblanza que le ha hecho Julián Marías define con bastante exactitud su personalidad: «Tímido, concentrado, un poco irónico, siempre con aire de disculparse, no se sabe de qué, curioso y sonriente... Es la flor de la cortesía, infinitamente respetuoso, condescendiente, afable; parece que se borra y se desvanece, pero cuando se está cerca de él, cuando se encuentra a su persona, se percibe algo sólido, consistente, verdadero y enérgico» (Marías, J., 1977).

Impartió a lo largo de los años casi todas las asignaturas de Geografía que existieron en la Sección de Historia o en la especialidad de Geografía (Geografía General, Geografía Física, Geografía de Europa, Geografía Humana, Urbana...). Infundía a sus clases de un peculiarísimo estilo, basado en una gran experiencia pedagógica, el respeto y comprensión por los alumnos y una exposición de alta calidad científica y literaria, completada con numerosas citas, en las que las abundantes referencias puramente geográficas se mezclaban con otras de carácter artístico o histórico.

Sus enseñanzas ponían siempre de manifiesto que el conocimiento objetivo importa pero no basta; es necesario también adquirir una sólida base moral para que el saber alcance su más profunda dimensión al servir, además de al progreso material, al perfeccionamiento humano y enriquecimiento personal del que investiga. Trataba, por otra parte, de promover la curiosidad hacia el tema expuesto, de romper la pasividad del que sólo se siente obligado a escuchar, señalando sugerentes vías de investigación, invitando a seguirlas con generosidad pues eran interesantes por sí mismas, más que por venir impuestas desde arriba o porque de ello dependiera el valor de las calificaciones finales. También remitía constantemente al estudio directo de las fuentes, dando gran importancia a la observación sobre el terreno de cualquier objeto geográfico; por eso, los trabajos de campo, las visitas a las ciudades, pueblos o barrios tenían tanto interés para él y los realizó en la medida de sus fuerzas durante todo su ejercicio docente.

Su práctica universitaria se caracteriza por vincular estrechamente docencia e investigación, algo que responde fielmente a su ideal de profesor universitario: «el que enseña la disciplina de la que es titular y a la vez investiga; el que enseña a investigar; el que no se limita a la mera transmisión del saber ya maduro e incluso dogmatizado que encuentra su cabida en los manuales, sino extendido a otras verdades que en la forma de hipótesis, aún tímidas e inseguras se asoman como nacientes es-

trellas al horizonte de la ciencia» (Terán Alvarez, M. de, 1979). Su actitud ante la ciencia y la investigación, lejos de ser tolerante estaba basada en el rigor, en la entrega entusiasta, encauzada a través de un trabajo metódico, disciplinado y austero, alejado de contingencias inmediatas y oportunistas.

Terán asume con plena consciencia y responsabilidad lo que significa ser el creador de una escuela, algo que si bien le permite, en cierta medida, retomar una parte de aquel proyecto colectivo que apoyara en sus primeros años de docencia, también le obligará a abandonar campos de investigación que le podían resultar más atractivos y tendrá, con frecuencia, que clarificar posturas, desbrozar caminos y señalar pautas que otros debían continuar, logro que ciertamente conseguirá, pues tiene discípulos en todas las ramas de la Geografía. Esta labor aglutinadora y dinamizadora la realiza a través de tres vías: con artículos de carácter conceptual y metodológico, con cursos y manuales universitarios y, finalmente, con la formación de investigadores y profesores a los que orienta, de forma sistemática, en la elaboración de tesinas y tesis.

Seguidor de una Geografía unitaria que atiende tanto a los rasgos físicos como humanos que componen el medio geográfico, es consciente de la dificultad de cumplir estos objetivos, dada la complejidad de los temas implicados y la diversidad de técnicas de investigación a emplear. Esta es la causa de la notable importancia que dio a los estudios regionales y el gran número de trabajos que con esta temática dirigió; no obstante siempre dotó a sus trabajos de una orientación axial hacia el análisis de las unidades espaciales, finalidad última de investigación, ya se trate de Geografía Urbana, Agraria, Geomorfología..., etc.

En los años cincuenta, la Geografía de Terán alcanza plena madurez científica y sus artículos «La Representación Cartográfica de la Densidad de Población» (1951), «Habitat Rural; Problemas de Método y Representación Cartográfica» (1951), «La Causalidad en Geografía Humana: Determinismo, Posibilismo, Probabilismo» (1957), alimentan con rigor la reflexión teórico-conceptual, y suministran metodologías de trabajo; sin ellos habría sido difícil poner al día nuestra Geografía y avanzar en el conocimiento y explicación de la realidad geográfica española. El comentario sobre el coloquio de morfología cuaternaria, celebrado en 1955, tuvo el valor de difundir entre los geógrafos los problemas relativos al pasado morfoclimático cuaternario. En él demuestra unos conocimientos profundos de este campo, mucho más de lo que a primera vista parece reflejarse en el conjunto de su obra. Esta publicación refleja, por otra parte, la intensa labor que realizó en Geografía Física, ejercida, más que a través de su obra escrita, en sus comunicaciones directas: hace gran cantidad de trabajos de campo por la mayor parte del territorio peninsular, acompañando a geógrafos o geólogos como Luis Solé, Eduardo y Francisco Hernández Pacheco, Pierre Birot, Herman Lautensach..., a los cuales, según testimonio de muchos de ellos, ayudaba con observaciones agudas y oportu-

tunas. También hay que señalar en este sentido, que algunos de sus discípulos más destacados recuerdan como un hito especial en su formación geográfica los trabajos de campo que realizaron en Peñalara y Gredos, donde tuvieron ocasión de comprobar sobre el terreno, siguiendo las indicaciones de Terán, las huellas que los fríos cuaternarios habían dejado en el relieve de las cumbres más destacadas del Sistema Central. Por ello, no es extraño que la investigación sobre Geografía Física que se ha realizado dentro de su escuela se haya dedicado con preferencia al estudio del modelado cuaternario de las sierras centrales de la Meseta, dando especial importancia al glaciario y al medio físico de la Sierra de Guadarrama.

Formado en el ámbito de la escuela clásica francesa, asigna, por estas fechas, primacía a la Geografía Regional pero rechaza estereotipos y, en este sentido, su definición de región es una buena prueba: «La región geográfica no se define como un conjunto de hechos cuyos límites y áreas de distribución coinciden, como resulta muchas veces de la lectura de una monografía regional, sino como un complejo de hechos y fenómenos interdependientes de cuya convergencia y conjugación resulta un trozo de espacio dotado de una característica fisonómica propia, una personalidad geográfica definida. En esto consiste la región geográfica, cuya expresión externa es la unidad de paisaje diferenciada» (Terán Alvarez, M. de, 1960). Su libro «Imago Mundi» (1952) sirve para que miles de alumnos conozcan los rasgos naturales y sociales de los diversos países del planeta Tierra; los capítulos que redacta y la dirección de la monumental «Geografía de España y Portugal» (1951-1967) lo consagran como un excelente geógrafo regional pues, no sólo salen de su pluma unas de las páginas más brillantes que se han escrito sobre la personalidad geográfica de la Península Ibérica sino que, además, realiza una sistematización de la Geografía Regional. Estas dos obras alimentarán la cultura geográfica española durante varios años y son un buen ejemplo de cómo una Geografía inteligente es algo bien distinto de aquello que el sistema educativo y cultural estaba difundiendo.

Conectando el Instituto Elcano y la Universidad, desarrolla una intensa labor en la formación de profesores de instituto y universidad; bajo su dirección se realizarán cerca de doscientas memorias de licenciatura y más de treinta tesis doctorales (Bosque Sendra, J., 1982). Orienta las investigaciones hacia todas las ramas de la Geografía, aún cuando la urbana y la agraria ocupen un lugar destacado, la dispersión de temas es sólo aparente y se explica tanto por un respeto cuidadoso a las decisiones del alumno como por un deseo de avanzar en las diversas áreas del quehacer geográfico. La formación de profesores de universidad es una labor fundamental en la vida docente de Terán; y así al vincular estrechamente el Instituto Elcano y la Facultad de Letras consigue que los futuros enseñantes aprendan a compaginar docencia e investigación. Los becarios encuentran en el Instituto Elcano el clima intelectual y el apoyo material

necesarios para llevar a buen término sus primeras investigaciones, al tiempo que la posibilidad de impartir clases prácticas en la universidad les aproximaba a la docencia. Para Terán, todo profesor, antes de responsabilizarse de un curso, debía seguir un período de aprendizaje que se realizaba bien como becario del Instituto Elcano o como ayudante en la Facultad; sólo con motivo de la masificación de finales de los sesenta y comienzos de los setenta se vio obligado, de forma excepcional, a alterar esta práctica.

El Instituto Elcano se convierte en una auténtica escuela de profesores e investigadores de Geografía; allí se discute sobre cuestiones conceptuales y metodológicas, así como sobre temas vinculados con los diversos trabajos de investigación que se están realizando y los problemas que se plantean en el momento de desarrollarlos. Terán, tras escuchar las reflexiones de sus discípulos, les señala, en unos casos, los caminos para superar las dificultades y, en otros, aconseja lecturas que ayudan a clarificar el horizonte.

En los años sesenta no sólo avanza y profundiza en las líneas de investigación y campos de trabajo anteriores, sino que, como persona muy sensible a los cambios de la sociedad en que vive y de la ciencia que practica, abre nuevos horizontes profesionales, participa en los foros geográficos internacionales y llama la atención sobre los problemas espaciales y medio-ambientales que un crecimiento económico desequilibrado estaba empezando a plantear. Además, apoya la institucionalización universitaria de la Geografía y contribuye a que la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense tenga Sección de Geografía desde el curso 1966-1967.

La discusión teórico-conceptual es, para Terán, una saludable norma de conducta pues le permite reflexionar sobre la vitalidad de la ciencia; así, en «La Situación Actual de la Geografía y las Posibilidades de su Futuro» presenta, de una forma clara y precisa la génesis de la Geografía, defiende su autonomía como ciencia del paisaje y apuesta hacia el futuro al escribir: «La verdadera Geografía General sería una ciencia de las leyes y principios que orienten la génesis y evolución de los paisajes terrestres, una ciencia comparada de los paisajes que dedujera líneas de carácter general y estableciera una clasificación de los tipos y formas del paisaje terrestre. He aquí una perspectiva, un campo de fecunda actuación para el pensamiento geográfico, cuyas posibilidades están años casi inéditas. Geografía Regional y Geografía General, partiendo del postulado común constituido por el paisaje, nos darían: el conocimiento de los distintos espacios terrestres, la primera, y su organización y jerarquización en cuadros generales, la segunda» (Terán Alvarez, M. de, 1960).

En «Geografía Humana y Sociología. Geografía Social» (1964), tras señalar que la Geografía Humana puede ser definida como la relación que el hombre social sostiene con el medio natural, clarifica las diferencias temáticas y metodológicas con la Sociología y pone de relieve cómo el ca-

rácter social de la Geografía Humana está legítimamente fundado pues «El hombre de que la Geografía se ocupa... es el hombre social, no el individuo ni la humanidad o género humano como abstracta entidad, sino el hombre que en cada concreta situación de lugar y tiempo se nos aparece integrado en determinados grupos y sociedades reconocibles por su interna vinculación y estructura y por las características colectivas de su forma de actuar» (Terán Alvarez, M. de, 1964). Le interesa dejar bien claro que la Geografía Social es simplemente una nueva orientación que pone de relieve el indiscutible carácter social de la Geografía Humana.

Las transformaciones espaciales y sociales que España vive en la década de los sesenta no le pasan inadvertidas al tener el profundo convencimiento de que el análisis y la explicación geográfica deben estar al servicio de la sociedad. Como le interesa la aplicación de la Geografía, participa en las informaciones urbanísticas de diversos planes generales de ordenación y en estudios territoriales de ámbito provincial o regional, entre ellos destacamos los del Area Metropolitana de Madrid (1961), Guipúzcoa (1962), Vizcaya (1963), Sevilla (1963), Aragón (1964), Andalucía (1966), etc. Estos trabajos profesionales completan su profundo conocimiento de la dinámica de los paisajes de nuestro país y le llevan a nuevas reflexiones teóricas. Así en «Una Etica de la Conservación del Paisaje», tras hacer un recorrido por la forma en que se plantean las relaciones hombre-naturaleza en los diversos sistemas éticos y filosóficos, considera que ya es momento de superar el optimismo progresista decimonónico y se inclina por una ética de la conservación y protección de la naturaleza dirigida a una mejor y más eficaz utilización de sus recursos; temeroso de los efectos negativos que la generalización del modelo europeo de desarrollo pueda tener, expresa una preferencia personal «la de que la asimilación de la civilización de la técnica por las sociedades que aún no lo han hecho, se haga de acuerdo y con inserción en el viejo tronco de su historia, cultura y estilo de humanidad; que la imagen de nuestro planeta no sea la de una inmensa conurbación indiferenciada y que se salven del arrasamiento uniformador la variedad de modos de ser hombre y organizar el espacio» (Terán Alvarez, M. de, 1966).

Profundo conocedor e investigador de las realidades urbanas, en «La Ciudad como Forma de Ocupación del Suelo y Organización del Espacio» plantea la complejidad del fenómeno urbano, considera el medio urbano como producto y expresión de una determinada civilización y la ciudad como espacio social, funcional y morfológicamente diferenciado, llama la atención sobre los efectos negativos que tiene el olvido de las condicionantes naturales en el planeamiento y define el paisaje urbano como «un fragmento del espacio edificado, una forma de ocupación, utilización y modelado espacial en estrecha relación con una estructura de la que aquella realidad es expresión material y en la cual se opera la integración de las distintas variables que nos permitirán llegar a una comprensión unitaria y sintética del fenómeno urbano» (Terán Alvarez, M. de, 1966). La

validez presente del pensamiento urbano de Terán resulta indiscutible y ello nos lleva a suponer que, de haber tenido un clima social y geográfico más receptivo, el caminar científico de la Geografía española podía haber sido más brillante y más provechoso el servicio prestado a la colectividad.

Su actitud firme ante la injusticia se produce en los claustros universitarios, en los conflictos sociales o en las estrategias espaciales, le llevan a denunciar los efectos negativos de un crecimiento urbano explosivo y especulativo y, en 1965 escribe un editorial en la revista *Arquitectura* donde señala: «fue un selvático crecimiento competitivo en el que el juego de la libre especulación y de los intereses individuales de grupo o empresa, impusieron su ley... Ni el interés estético de conservación de los bellos conjuntos monumentales del pasado ni las exigencias de una circulación rápida y fácil, ni la de una vivienda salubre y cómoda, ni la de espacios libres para el cultivo del cuerpo y el espíritu fueron respetados» (Terán Alvarez, M. de, 1965). Plantea la necesidad de una planificación previsora, inspirada en motivos del bien colectivo, y defiende la regeneración de la ciudad a partir de la humanización del centro.

Madrid, lugar donde se desenvuelve profesional e intelectualmente, también es objeto de su atención investigadora y en 1961 le dedica dos artículos «El desarrollo Espacial de Madrid a partir de 1868» y «Dos Calles Madrileñas: Las de Alcalá y Toledo». En el primero analiza, a partir del crecimiento espacial, el significado de la gran ciudad como forma de ocupación y organización del suelo; en el segundo, con el análisis comparado de dos calles, realiza un corte transversal que posibilita el conocimiento de barrios y espacios llenos de significación en el paisaje urbano madrileño y sin los cuales es difícil entender la personalidad urbana de Madrid. Esta ciudad será también campo para sus ricas experiencias docentes y fueron múltiples las excursiones que realizó por el casco antiguo, el ensanche o la periferia; los discípulos de la última generación tenemos el recuerdo imborrable de la visita a la sede central de Telefónica cuya terraza le sirvió para explicarnos e interesarnos por el crecimiento espacial y las tipologías de paisajes urbanos madrileños. Su interés por Madrid como hecho geográfico no decaerá con los años y en 1979 realiza la introducción y coordina el primer tomo de la obra «Madrid» que, dirigida al gran público, pretende una aproximación a los rasgos que definen los diversos barrios que la constituyen.

Consciente del papel rector que la ciudad tiene en la organización y transformación del territorio meseteño, orientará las tesis doctorales de varios discípulos hacia la investigación de las ciudades históricas de la Meseta, Madrid y su área de influencia, consiguiendo un sólido grupo de geógrafos urbanos.

La proyección de Terán supera el ámbito de la cultura y de la universidad española, pues participa en numerosas reuniones científicas internacionales, escribe en revistas extranjeras e imparte cursos en universidades de Estados Unidos como experto en las realidades geográficas de Europa, América y África. Sus cualidades son reconocidas y ocupa cargos de responsabilidad docente en el Consejo de Europa y la Unión Geográfica Internacional; uno de los frutos de estos años es su colaboración en el «*Vocabularium Geographicum*» que publica el Consejo de Europa en 1967.

Terán fue un maestro en el más notable sentido de la palabra, dotado de una fina inteligencia, mantuvo a lo largo de toda su vida y en especial en los momentos más difíciles, su criterio libre e independiente ante la ciencia y el mundo que le rodeaban. Fue capaz de canalizar el creciente interés científico por lo social, que empieza a surgir en la universidad española a partir de los años cincuenta, y de reunir en torno suyo a una serie de discípulos atraídos por los temas que trata y la orientación seria, atractiva y profunda que les da. Como dice Eduardo Martínez de Pisón: «su vocación de maestro trasciende toda su obra. Magisterio cuyo gran estímulo podría quedar expresado en aquella afirmación de Jaspers: "La meta: la Libertad", porque la libertad coincide con la necesidad de lo verdadero» (Martínez de Pisón, Ed. 1976).

Terán, que en los primeros años de docencia universitaria se preocupa prioritariamente por temas relacionados con la Geografía Regional y Agraria, progresivamente se encamina hacia las diversas manifestaciones del fenómeno urbano, sin dejar de interesarle la Geografía Física, que veía estrechamente unida a los viajes y descubrimientos geográficos, pues se da cuenta que el estudio del relieve, del agua, de la atmósfera, le permite adentrarse en el conocimiento de la tierra, estrella apagada sobre cuya piel vivimos.

La cultura española termina por reconocer el valor intelectual de Manuel de Terán, y al final de su vida ingresa como miembro de Número en las Reales Academias de la Lengua (1977) y de la Historia (1980). Sus discursos de entrada «Las Formas del Relieve Terrestre y su Lenguaje» y «De Causa Montium» son una manifestación de su amplia formación, sensibilidad y saber científico. Centrados en el tema del relieve terrestre, en ellos se pone de manifiesto cómo el ser humano ha sido capaz a lo largo del tiempo de comprenderlo, utilizarlo y hacerlo suyo al denominarlo. La temática elegida no es ajena al talante intelectual de Terán, entronca con una tendencia de amor y respeto a la naturaleza, característica de la cultura europea moderna que reconoce el valor que la observación del mundo natural tiene en el aprendizaje de modos de vida más íntegros y libres; idea que tiene su base en el «*Emile*» de Rousseau, subyace en la obra E. Reclus y es asumida en España por la Institución Libre de Enseñanza. Estos discursos son pues una clara manifestación de las raíces que

dominan toda su vida y obra y las que, muy posiblemente, le encaminaron hacia el mundo del saber geográfico.

Sus últimos escritos destilan, cada vez con mayor concentración, todo el arsenal de conocimientos concretos y experiencias acumulados durante años hasta culminar en esencia, contenido simbólico y expresión casi lírica en «Hojas del Herbario y Otras Cosas», donde su prosa deja de ser Geografía para convertirse en una aportación literaria. Parece todo ello producto de la evolución que se ha de esperar en un ser humano que, en plenas facultades mentales y después de una vida abatida en ocasiones por acontecimientos muy dolorosos, comienza a ver desdibujados los perfiles de las cosas, a comprobar que las pasiones se adormecen y que la lucha diaria por la superación y el esfuerzo ya no tienen el mismo significado; muestra inequívoca del sentir profundo y sereno de quien asume con plena consciencia el final de su vida, como él mismo expresa en la imagen del leño que arde: «cuando extenuado se derrumban las torres de su fiebre, su vida aún se prolonga en ascuas de lumbre en retirada bajo las cenizas, hecho ahora dulce y tierno, calor de vida encauzada que se encamina hacia la muerte» (Terán Alvarez, M. de, 1984).

Madrid, octubre de 1984

BIBLIOGRAFIA

- Bosque Maurel, J. (1982): «Aproximación a la obra científica de Manuel de Terán» en Terán Alvarez, M. de: *Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España. Varia Geográfica*. Universidad Complutense de Madrid, 1982, pp. 9-27.
- Bosque Sendra, J. (1982): «Memorias de Licenciatura y Tesis Doctorales Dirigidas por D. Manuel de Terán Alvarez» (recopilación). En *Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España*. Opu. cit., pp. 425-434.
- Botella Llusia, J. (1984): «Manuel de Terán visto por uno de sus alumnos». *Boletín del Colegio de Licenciados de Madrid*, pp. 14-15.
- García Ballesteros, A. (1981): «La aportación de don Manuel de Terán a la Geografía Urbana». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n.º 1, pp. 315-321.
- Mariás, J. (1977): «Contestación al discurso de ingreso de D. Manuel de Terán a la Real Academia Española», en Terán Alvarez, M. de: *Las Formas del Relieve Terrestre y Su Lengua-je*. Real Academia. Madrid, 66 pp, pp. 66-61.
- Martínez de Pisón, E. (1976): «Manuel de Terán, la Geografía y la Academia». *Insula*, n.º 353, p. 10.
- Quiros Linares, F. (1982): «Homenaje de la Universidad Complutense a Manuel de Terán». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n.º 2, p. 323.
- Ríos Ivars, J. (1984): «La expresión geográfica del paisaje urbano. Homenaje a Manuel de Terán». *Laboratorio de Arquitectura y Urbanismo*, n.º 1 (en prensa).
- Terán Alvarez, M. de (1942): «Calatayud, Daroca y Albarracín. Notas de Geografía Urbana». *Estudios Geográficos*, n.º 6, p. 171.
- Terán Alvarez, M. de (1951): «Habitat Rural. Problemas de Método y Representación Cartográfica». Instituto de Estudios Pirenaicos, p. 30.
- Terán Alvarez, M. de (1960): «La situación actual de la Geografía y las posibilidades de su futuro». En Enciclopedia Labor IV: *El Hombre y la Tierra*. Barcelona, p. XXIII-XL, p. XXXIII.

- Terán Alvarez, M. de (1964): «Geografía Humana y Sociología. Geografía Social» en *Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España*. Opu. cit., p. 97.
- Terán Alvarez, M. de (1965): «Editorial». *Arquitectura*, n.º 83, pp. 1-8, p. 5.
- Terán Alvarez, M. de (1966): «Una Etica de Conservación del Paisaje», en *Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España*. Opu. cit., p. 119.
- Terán Alvarez, M. de (1966): «La ciudad como forma de ocupación del suelo y organización del espacio», en *Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España*. Opu. cit., p. 193.
- Terán Alvarez, M. de (1979): «Homenaje a Luis Solé Sabarís». *Estudios Geográficos*, n.ºs 156-157, pp. 159-161.
- Terán Alvarez, M. de (1982): «Homenaje de la Universidad Complutense a Manuel de Terán». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n.º 2, p. 327.
- Terán Alvarez, M. de (1984): «Hojas de Herbario y Otras Cosas». En *Homenaje a Julián Marías*. Espasa Calpe, pp. 683-699, p. 687.